



Mairena se considera heredero de Torre, y nos cuenta con emoción cómo le llegó la noticia de la muerte del maestro una noche que cantaba a unos clientes que le mandara aquel moribundo

En el centenario de MANUEL TORRE

Una de las dos veces históricas en que lloró el ganadero Miura fue oyéndole cantar saetas un Viernes Santo

El más grande seguriyero de todos los tiempos, una mágica y gigantesca personalidad

Alguien ha dicho que el cante de Manuel Torre era «como un temblor largo y hondo, que empezó hace muchos siglos», lo que puede ser cierto pese a la relativa juventud del cante flamenco. En todos los géneros que tocó —incluso los más ajenos, como la farfuga y el garrotín— puso su acento genial e irrepetible.

La saeta, por ejemplo. «Los ojos vivarachos de Tomás Torre se empañan de agua al recordarle —escribe Barrios—. Su padre, Manuel, esperaba aquel momento en que las raíces todas de la tierra habían de enredarse para la conjunción milagrosa de la musa, el ángel y el duende. Fue una mañana de Viernes Santo. Manuel Torre está en el balcón del ganadero don Eduardo Miura, y, al aparecer en la calle el paso de «la Sentencia», él, en tensión los nervios, apretando los hierros de la baranda, la voz densa, un poco nasal, recibe a la imagen con la mejor saeta que se ha cantado en Sevilla. Cuando cierra el pellizco del último ay, la gente que asiste, pasmada, al acontecimiento no aplaude, no vitorea. Todos sacan los pañuelos, en silencio, y la plaza de la Encarnación se convierte en un inmenso aletear de palomas blancas que piden una nueva saeta a aquel hombre fabuloso a quien un gitano, que le acompaña, dice, señalando a don Eduardo Miura:

—Fíjate, primo, con la mala uva que se gasta criando toros y ahí lo tienes, que me lo has hecho llorar.

Era una de las dos veces, históricas, en que lloró el famosísimo ganadero. La otra, cuando se enteró de que Juan Belmonte había cogido el pitón de uno de sus toros por la cepa.

Así, realmente, nace la saeta grande. Es inútil que rebusquemos por entre los corales de las primeras raíces. La saeta, en toda su majestad y hondura, nace un día cualquiera por obra y arte de un gitano bronco y misterioso cuyo cante «quebraba el azogue de los espejos».

Y Ricardo Molina escribió: «¿Cómo fueron aquellas saetas espeluznantes de Manuel Torre? Hay quien dice que la costumbre sevillana de mover rítmicamente los «pasos», pero sin avanzar, procede de una saeta del gran cantaor sevillano-jerezano. nidad de Manuel Torre». Cuéntase que el capataz de

los costaleros dio orden de seguir marchando en el momento en que Manuel Torre empezaba a cantar una saeta. Los costaleros, obedeciendo al mandato, alzarón sobre sus hombros, al «paso», pero no avanzaron, limitándose a moverlo rítmicamente hasta que Manuel Torre cantó lo que quiso. Dicen que a partir de aquel episodio se generalizó la costumbre de «mece» los «pasos».



Pepe el de la Matrona: «Cantó tres coplas por seguriyas que el suelo temblaba. Yo no he visto otra cosa igual. Lo tengo metido en la cabeza y no se me olvida, no se me puede olvidar»

No sé si la historia es historia o cuento. A mí me merece pleno crédito y la encuentro perfectamente verosímil.

Tarantos y cartageneras, tientos, soleares, hasta fandangos, Manuel abordó casi todos los «palos» del arte flamenco con originalidad y genialidad, hasta el punto de que a muchos de ellos les dio una impronta de la que no se pudo prescindir desde entonces. Los campanilleros es un ejemplo. Niño Ricardo, el gran tocaor, contaba cómo había nacido este cante en su versión flamenca una noche en Las Siete Puertas: «Estábamos, con el Niño de la Palma, el Gloria, Rebollo y yo. A mí se me ocurrió decirle a Cayetano que deberíamos ir por Torre, que entonces vivía en el Fontanal. Llegó Manuel, me dijo «ponla en el tres»... y escuchamos aquellos campanilleros, inspiración de su genio, que ponía los vellos de punta. Lo mismo hubiera podido pasar lo contrario: que nos hubiéramos pasado la noche esperando un cante bueno, mientras que Manuel no hacía más que mirar el mechero o el reloj, que eran sus dos manías...»

Aún siendo grande en todas las cosas, en la seguriya fue enorme, colosal, el más grande seguriyero de todos los tiempos. «El cante por seguriyas de Manuel me parece Machado en la poesía», me decía José Menese, Molina y Mairena establecieron cómo el arte de Manuel Torre culminó en la seguriya, «una revolución porque nadie antes de él la cantó con voz natural («voz de pecho»), ni con su grandeza y pasión». Seguriyas de Curro Dulce y Joaquín la Serna, de Francisco la Perla y el Viejo la Isla, que él les robó porque las engrandeció de tal manera que hoy no podemos reintegrar a su primera versión originaria tales creaciones, «porque entre ellos y nosotros se interpone la mágica y gigantesca persona SU VIDA, SU MUERTE».

Había nacido el día 5 de diciembre de 1878 en el barrio de San Miguel, de Jerez, calle Alamos número 22. Su verdadero nombre fue Manuel Soto Loreto. Al padre, Juan de Soto Montero, que había nacido en Algeciras, cantaor también aunque no de mucha fama, le apodaron «Torre» porque era muy alto y enhiesto, y el hijo pasaría a la historia con el mismo nombre, Manuel Torre.

Sus primeros pasos artísticos tuvieron lugar en el café de cante jerezano Vera Cruz, siendo sus maestros Manuel Molina, Carito, el Chato, el Loco y la Loca Mateo, los Marreros, Paco la Perla, el Viejo la Isla... También influyó mucho en él Enrique el Mellizo, a quien conoció cuando hizo el servicio militar en Cádiz y se cuenta que al oír por primera vez cantar al viejo maestro Torre sufrió tal conmoción que «llorando, se quería tirar por la ventana». Después frecuentaría la casa del Mellizo, próxima al cuartel donde prestaba servicio, haciéndose amigo íntimo, casi hermano, de sus hijos e impregnándose materialmente del cante de aquel. Según Mairena, el conocimiento de Torre y el Mellizo sería anterior, pues el gaditano sería amigo del padre del jerezano, que llevaría a Manuel muchas veces a que lo oyera.

Muy joven se estableció en Sevilla, actuando en los cafés cantantes, sobre todo en el Novedades. En Sevilla conoció a su mujer Antonia Torres Vargas, la Gamba, una buena bailaora, quien le dio dos hijos. En 1930, cuando ya andaba mal de salud, Antonio Mairena lo contrató para

cantar en un cine de verano de su pueblo, Mairena del Alcor, por lo que Torre le pidió 150 pesetas más 20 para el viaje.

Mairena cuenta la muerte del gran cantaor jerezano, por quien tanta admiración ha sentido siempre, y cómo hallándose cantando a un matrimonio de apellido Mata que lo había mandado Torre ante la imposibilidad de hacerlo él, les llegó la noticia de su fallecimiento. «Aquella misma tarde llegó el aficionado de Carmona a la tabernita que yo tenía en Mairena... Al presentarse el señor Mata y su mujer, con una guitarra de Carmona, me pidieron una docena de cañas de manzanilla, que yo les serví en su cañera, como era la costumbre. Me preguntó aquel hombre si yo era el Niño de Rafael, y al decirle que sí, me contó todo lo que Manuel Torre le había dicho, y me dio su recomendación... Con toda clase de atenciones, metí a la reunión en un reservado que yo tenía preparado para aquellos casos, y empezamos a beber y a cantar. Aquel buen hombre se pasó todo el tiempo llorando, oyéndome cantar, porque decía que yo le recordaba a Manuel Torre.

«Estando de esa manera, y cuando serían las tres de la madrugada, nos enteramos de la terrible noticia: Manuel Torre, el Niño de Jerez, había muerto. Nos entró una pena tan grande que no se podía explicar con palabras ni con nada. No se cantó más, pero seguimos juntos todavía mucho tiempo, y no hacíamos más que beber y llorar».

Era el domingo 23 de julio de 1933.

Y EL DUENDE

Manuel Torre, que no sabía leer ni escribir —el hombre, sin embargo, «con mayor cultura en la sangre» como decía García Lorca—, tenía su propia filosofía sobre el cante. El duende, el tronco negro del faraón, los soníos negros... son conceptos que se deben a él en principio, aunque luego hayan venido los intelectuales a desarrollarlos. Con genial intuición se dio cuenta de que el arte flamenco era un arte distinto a todos los demás, un arte que se regía por otras coordenadas. El lo entendió así y quizás por eso fue tan excepcional como hoy lo recordamos, cien años después de su venida al mundo.

Por ANGEL ALVAREZ CABALLERO